

# UN DÍA DEJÉ DE CREER EN EL PECADO

## CONFESIÓN ELEMENTAL

UN DÍA dejé de creer en el pecado.  
Dejé de creer en una muerte eterna.  
Dejé de creer en un Dios que castiga.  
¡Fue el día en que conquisté mi libertad de hijo!  
Supe entonces que sólo se podía creer en el Amor:  
el Amor que suprime todas las distancias,  
hasta hacer de la vida la fiesta del gozo eterno compartido.

Fue el día en que supe que mi vida  
-como la de todos sus hijos- le importaba a Dios  
tanto o más que a mí; que su felicidad eterna  
corría pareja con mi felicidad temporal.

Aquel día -idía feliz!- desapareció de mi conciencia  
toda angustia de una posible condenación.  
Comencé a vivir en el tiempo de amar y ser amado,  
donde, las penas del amor se convierten en perlas de gozo;  
y, en la siembra fatigosa de cada instante, florece,  
a cada instante, una consoladora luz de resurrección.

Mis ojos aprendieron a permanecer abiertos  
más a la Misericordia de Dios que a mi propia miseria,  
y la del Mundo; y, reconocerme pecador,  
era igual a sentirme amado por Aquel que vino a buscar,  
no a los justos, sino a los pecadores.

El horizonte de mi entera vida  
lo percibía encendido por un sol de piedad sin ocaso;  
la energía de mi caminar era el amor mismo;  
mi esperanza (¡ya única!),  
creer indefectiblemente en la Salvación por el Amor,  
¡creer que fuera del Amor no hay salvación.!

La tierra toda, el mundo de los humanos,  
se abría ante mí como camino hacia el cielo.  
El cielo, abriendo espacios de abrazo  
en todos los senderos y encrucijadas de la tierra,  
me mostraba a un Dios cercano, que quiere ser encontrado  
en las realidades ordinarias de cada día,  
como amigo que comparte nuestras luchas y esperanzas,  
como futuro que invade con su gloria nuestro presente.

Así fue el día en que dejé de creer en el pecado  
para creer firmemente en la Misericordia;  
el día que desterró para el resto de mis años  
todas las noches de temor y sinsentido;

el día en que, creer en Dios,  
pasó a significar para mí sentirme amado  
con un Amor que plenificaba mi ser  
y lo dejaba libre, disponible, para el abrazo  
con todas las bondades del universo.

¡Sólo cuando dejé de creer en el pecado pude entregarme,  
sin amarras, como destino irrenunciable,  
al Amor que hace nuevas todas las cosas!